

UN RÍO ESPAÑOL DE SANGRE ROJA

A Rosa Seco

UNO

La primera persona en el mundo que me vio fuera del claustro materno fue Urbano Barnés, un afamado médico procedente del exilio español republicano, quien atendió el undécimo parto de mi madre.

El doctor Barnés se había erigido en el ginecólogo por antonomasia de las mujeres españolas que habían llegado a México al término de la Guerra Civil y de las mexicanas con quienes se habían casado aquí muchos refugiados. Se dice que a aquellas que no tenían recursos para pagar la consulta, el médico las atendía sin cobrarles más honorarios que su gratitud.

Mis abuelos paterno y materno habían nacido en España pero habían emigrado al Nuevo Continente en tiempos muy anteriores a la guerra. Mi padre nació en la ciudad de México; mi madre, en Las Palmas de Gran Canaria, pero vivió su niñez y su primera juventud en La Habana, donde papá la conoció y se casó con ella. Mis padres no eran españoles, pues, sino descendientes de españoles por línea paterna, y no se identificaban necesariamente con el ideario de la República. Antes bien, su catolicismo a ultranza, que los había llevado a adoptar el precepto evangélico de que hay que tener los hijos que Dios nos mande (para mi fortuna, porque, como dije, soy el número once en la sucesión de hermanos), podría haberlos prevenido de los “rojos”, que habían abjurado de las instituciones conservadoras de España; entre otras, de la Iglesia. Y sin embargo, se beneficiaron, ellos y toda la familia, con la presencia del exilio español. Y es que mi tía Luisa, hermana de mi papá, se había casado con Francisco Barnés ?hermano de Urbano y, como él, médico de profesión? poco tiempo después de que llegó a tierras mexicanas en condición de refugiado.

Esta es la historia: mi abuelo paterno quedó viudo por segunda ocasión cuando las fiebres puerperales segaron la vida de su mujer, que había dado a luz a una frágil y macilenta niña, a la que bautizaron con el nombre de Luisa. Incompetente para asumir por sí solo la responsabilidad que una recién nacida implicaba y abrumado por las atenciones que le demandaban los hijos de su primer matrimonio y las primeras hijas del segundo, acabó por ceder a la insistente solicitud de su mejor amigo: don Ricardo del Río había venido de Asturias con mi abuelo a “hacer la América” muchos años atrás, cuando ambos apenas eran unos mozalbetes, y estaba más que dispuesto a adoptar a la niña como hija propia. Y contaba con todos los recursos para hacerlo. Si mi abuelo se había dedicado al negocio del pulque y había podido amasar una considerable fortuna, que a su muerte mis tíos dilapidaron vergonzosamente en un abrir y cerrar de ojos, Ricardo del Río, por su parte, había alcanzado una notable prosperidad en el ramo de la industria textil y había contraído matrimonio con una dama de la alta sociedad porfiriana, cuyo apellido rimaba bucólicamente con el suyo: Laurita del Valle. La pareja no podía tener hijos, así que cuando mi abuelo enviudó vieron la oportunidad providencial de adoptar a la criatura recién nacida que tan tempranamente había quedado huérfana de madre. Recibieron a Luisa con verdadera devoción. La llenaron de mimos y cuidados a lo largo de su infancia, y apenas pudieron contrarrestar los efectos negativos que sus muchos

miramientos engendraron en el carácter de suyo arrebatado de la niña con una rigurosa educación francesa que mucho se amoldaba a las convenciones ilustradas de la época. Cuando, décadas después, sobrevino el exilio español, la tía Luisa era una solterona culta, sofisticada, mórbida e insoportable. Su hipocondría, consentida y hasta estimulada involuntariamente por sus padres putativos, había congregado a los más conspicuos médicos de entonces y acabó por convocar al recién llegado Francisco Barnés, cuyo prestigio no habían podido doblegar ni el fracaso de la República ni los campos de concentración ni las penas del destierro. Prueba irrefutable de que don Ricardo y doña Laurita siempre habían tratado a Luisa como a una niña mimada, aun cuando ya era una mujer madura, es que vieron con muy buenos ojos que la especialidad del médico recién desembarcado en México fuera la pediatría. Tantas y tan frecuentes eran las debilidades de la paciente, que las visitas del doctor se hicieron consuetudinarias, y al cabo de varios meses de minuciosas auscultaciones el médico descubrió que la verdadera enfermedad de la tía Luisa era el amor y que no había otro remedio que el matrimonio para curar semejante padecimiento. Al poco tiempo se casaron. El exilio español, pues, le dio a mi tía Luisa una salida, por demás afortunada, a su ya inquietante soltería, y a mi familia, la asistencia desinteresada y constante de dos eminentes médicos: Urbano, que atendió los últimos tres partos de mi madre, y Francisco, que se convirtió de un solo golpe en el tío Paco, en nuestro médico de cabecera y en una suerte de guía espiritual laico, que morigeró la religiosidad de la vida cotidiana de mi casa e introdujo cierto aire de modernidad en nuestras costumbres medievales.

El tío Paco trató los sarampiones y las paperas de los chicos, atendió los trastornos femeninos de mis hermanas adolescentes, operó a mi hermano Ricardo de una peritonitis fulminante, al lado de otro eminente cirujano refugiado, don Jacinto Segovia Caballero, que había sido médico en jefe de la plaza de toros de Madrid, y nos aplicó las más diversas medidas de la medicina preventiva: todas las mañanas teníamos que tragarnos en ayunas las abominables píldoras de aceite de hígado de bacalao que nos recetaba y una tarde memorable erradicó de tajo la causa de nuestros males estomacales: se presentó en casa desprovisto de su habitual maletín de médico, pero armado de un gigantesco serrucho, y sin decir palabra cortó el tronco de la añosa higuera cuyos frutos solíamos devorar antes de que hubieran madurado.

Si mi nacimiento estuvo presidido por la figura emblemática de Urbano Barnés, mi infancia estuvo protegida por la figura robusta y abierta de mi tío Paco. Uno nos ayudó a nacer; otro nos ayudó a crecer.

Labios delgados, casi inexistentes. Barba cerrada. Entrecejo severo, contrarrestado por una sonrisa blanca y generosa, proclive a la carcajada. Manos velludas, que tomaban el pulso, manipulaban el estetoscopio, colocaban el termómetro en la boca, aplicaban inyecciones. Un traje color café, ligeramente jaspeado, cuya vejez iba en relación directa con su dignidad. Una corbata de colores pardos y un pisacorbata colocado muy arriba, a la altura del pecho. Así recuerdo a mi tío Paco. De la tía Luisa tengo una imagen estática y posterior a la muerte de quien fue su condescendiente marido: De visita en mi casa, sentada en el sofá principal de la sala con una pierna oculta bajo el cuerpo, cual flamenco. En la boca, pintada de un rojo subido, una boquilla de carey con un humeante y delgadísimo cigarrillo mentolado. Una voz ronca de fumadora empedernida, que pide un vermouth con hielo *frappé*. Sí; un vermouth *rosso* con hielo *frappé* en mi casa, donde nuestro único lujo era tomar, en días especiales, agua de jamaica. Me veo a mí mismo, de

muchacho, recibiendo de manos de mi padre la botella de Cinzano que guardaba a muy buen recaudo para ocasiones especiales (como la visita de su hermana) y aporreando unos trozos de hielo envueltos en un trapo de cocina para lograr la consistencia *frappé* que mi tía solicitaba.

No recuerdo haber visto juntos al tío Paco y a la tía Luisa. El matrimonio no funcionó y terminaron por divorciarse. Lo supe mucho después, porque en mi casa la palabra *divorcio* era más fuerte que la frase *guerra civil*. El temperamento caprichoso y las actitudes sofisticadas de la tía han de haber chocado frontalmente con la generosidad y la franqueza del tío, que, al igual que su hermano, daba a los refugiados consultas gratuitas, que después la tía Luisa se encargaba de cobrar a sus espaldas.

Tío Paco murió cuando yo era niño; tía Luisa, muchos años después, en condiciones terriblemente precarias. Acabó sus días en Torreón, Coahuila, adonde fue a enseñar la lengua de Victor Hugo en la Alianza Francesa de la zona lagunera. Murió sola. Deliberadamente sola. Cuando las camareras del hotel en el que se hospedaba descubrieron el cuerpo por un hilo de sangre que corría bajo la puerta del baño de su cuarto, nadie supo a quién darle la noticia de su muerte.

Defender a mi familia de las asechanzas de la enfermedad no fue la misión más importante de mi tío Paco. Fue otra, igualmente saludable pero de distinta naturaleza: ablandó la férrea disciplina que regía la vida familiar, liberó hasta donde pudo a mis hermanas mayores de su condición de madres reemplazantes, solapó sus noviazgos clandestinos, y abrió la puerta a esos conceptos entonces carentes de nombre que con el tiempo reconocí con las palabras *tolerancia* y *libertad* y que siempre asociaré con el exilio español republicano.

DOS

Yolanda, la novia de mi juventud, con quien acabaría por casarme y fundar mi propia familia, era hija de Miguel Morayta, también médico y también exiliado español republicano.

En la casa del Pedregal de San Ángel, donde Yolanda vivía de soltera, pasé muchas tardes de lecturas compartidas, conversaciones amorosas y besos furtivos. Los domingos, el doctor Morayta solía preparar una gigantesca paella. Él mismo iba al mercado de San Juan a comprar el arroz, las judías verdes, las cebollas, los pimientos, los ajos, las alcachofas, las gambas, las almejas, las costillas de cerdo y de conejo, las alas y los muslos de pollo. De regreso, a la voz de “yo os dirijo”, todos los miembros de la familia y de la servidumbre acataban sus instrucciones con incontestable obediencia y desempeñaban las tareas específicas que les eran adjudicadas: unos lavaban los mariscos y otros picaban la cebolla y cortaban en tiras el pimiento; unos troceaban la carne y la doraban y otros freían el arroz en el aceite de oliva. Él no movía un dedo, a no ser para determinar la cantidad exacta de azafrán –una “trisca”? que habría que utilizarse en la elaboración del platillo, pero indicaba con rigurosa puntualidad el momento preciso de terminar el sofrito de las carnes, de poner el arroz al fuego, de echarle un poco de agua, de añadir las almejas y las gambas. No se ensuciaba las manos, ciertamente, pero sin su dirección la paella simplemente no salía. Un domingo en que él no estaba en casa, la familia trató de prepararla tal y como lo hacían cada fin de semana. El resultado fue un

desastre: las carnes se doraron de más, los camarones se endurecieron y el arroz se volvió un budoque apelmazado e incomible. Lo que más recuerdo era la abundancia de las raciones y la consigna tácita de no dejar en el plato ni un solo grano de arroz azafranado. Las penas de la posguerra –el hambre, sobre todo? se habían resuelto en el aprovechamiento absoluto y total de los privilegios que la vida posterior les deparaba a quienes las habían sufrido. Y sin necesidad de decirlo de manera explícita, cada ala de pollo, cada cigala, cada hoja de alcachofa implicaban el agradecimiento emblemático al país que los había acogido.

En esa casa oí por primera vez a León Felipe. El doctor Morayta puso el disco que el poeta zamorano había grabado para la colección “Voz viva de México” de la Universidad Nacional. Con su adolorida pero potente voz, el autor de *Versos y oraciones de caminante* explicaba por qué hablaba tan alto el español:

Hablamos a grito herido y estamos desentonados *para siempre* porque tres veces, tres veces, tres veces tuvimos que desgañitarnos en la historia hasta desgarrarnos la laringe. La primera fue cuando descubrimos este continente y fue necesario que gritásemos sin ninguna medida: ¡Tierra!... La segunda fue cuando salió por el mundo grotescamente vestido, con una lanza rota y una visera de papel, aquel estrafalario fantasma de la Mancha, lanzando al viento desaforadamente esta palabra olvidada por los hombres: ¡Justicia!... El otro grito es más reciente. Yo estuve en el coro. Aún tengo la voz parda de la ronquera. Fue el que dimos sobre la colina de Madrid, el año 1936, para prevenir a la majada, para soliviantar a los cabreros, para despertar al mundo: ¡Eh! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

El doctor Morayta también había estado en ese coro y también tenía la laringe desgarrada. De su propia voz, recibí mis primeras lecciones de la historia contemporánea de España. La palabra *refugiado*, que yo había oído con todas sus connotaciones de pesadumbre y destierro, cobró de pronto una dignidad heroica en la persona de quien había peleado en el frente de Madrid a favor de la democracia y de la libertad. Y aquellos principios de su juventud habían persistido a lo largo de su vida. Recuerdo vivamente su repudio al autoritarismo de Díaz Ordaz y su solidaridad con el Movimiento estudiantil de 1968, que estremeció a mi generación. Un domingo, por cierto, antes de sentarnos a comer la paella que se había cocinado bajo su estricta vigilancia, me regaló un ejemplar de la revista *Life* en la que aparecía un artículo dedicado a Julio Cortázar, que ya desde esos años había transformado la vida de quienes entonces sufríamos el estigma de nuestra elemental condición de estudiantes.

Mi orgullo es el que sienten mis hijos por la figura de su abuelo materno, a quien apenas conocieron porque, como una terrible metáfora de aquel desgarramiento de la laringe del que hablaba León Felipe, un cáncer fulminante en la lengua acabó con sus días cuando ellos aún eran muy pequeños. Creo que de él heredaron, sin saberlo, ese raro equilibrio entre la intransigencia y la tolerancia.

TRES

Con su proverbial pronunciación castellana, que no perdió nunca a pesar de que había llegado a México cuando apenas era un muchacho de nueve años de edad, Luis

Rius me dio la bienvenida a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue en el año 1967, cuando inicié mis estudios universitarios de Letras Hispánicas. Rius, que a la sazón tenía la responsabilidad de autorizar las asignaturas que los alumnos de nuevo ingreso elegían para cursar el primer semestre de su carrera, aprobó la lista que yo le presenté: Historia de la cultura hispánica, Historia de la lengua en España y América, Introducción a la literatura española, Metodología de la literatura y composición, Español superior, Fonética y fonología, Latín. No había mucho que examinar en esa relación de materias introductorias; sin embargo, Rius la estudió con atención, hizo dos o tres comentarios aquiescentes y finalmente la suscribió. Más que su necesaria aprobación, me importó la inesperada amabilidad con la que me recibía en esa casa cuyo magisterio, sin que yo lo supiera de antemano, provenía en alta medida del exilio español republicano.

Yo no puedo decir que soy egresado de la Universidad Nacional. Nunca he salido de ella desde que empecé, en 1964, mis estudios preparatorianos en una escuela incorporada a la UNAM. Nunca he dejado de pertenecerle. No había terminado de ser alumno de la facultad, en el posgrado, cuando empecé a ser profesor en la licenciatura, y en la actividad docente he proseguido a lo largo de toda mi vida. Ocasionalmente he desempeñado algunas tareas que la jerga universitaria califica como académico-administrativas: fui coordinador de Difusión Cultural y director de la propia facultad. A veces, he estado de prestado en otras instituciones hermanas, como el Instituto Nacional de Bellas Artes, El Colegio de México o el Fondo de Cultura Económica. Pero aun en esas circunstancias he perseverado en mis quehaceres académicos. Pues bien: tras esos cuarenta años de pertenencia a la universidad, puedo asegurar sin riesgo que una de las mayores riquezas de la institución ha sido la comparecencia cotidiana de los refugiados españoles.

Fui alumno de Arturo Souto Alabarce, que transitaba por los intrincados vericuetos de la literatura española de los Siglos de Oro como si fueran campo abierto, y de Gloria Caballero, que era capaz de meter en dos semestres la historia general de las literaturas hispánicas. Tomé un curso de estética marxista, al que había que presentar un examen de admisión particular, con Adolfo Sánchez Vázquez y escuché en numerosas conferencias, mesas redondas, exámenes de grado la palabra prismática de Ramón Xirau. José Pascual Buxó me contagió su entusiasmo por la poesía novohispana y me reveló las insospechadas significaciones de sus figuras retóricas, y Horacio López Suárez y Federico Patán me admitieron como compañero en algunas comisiones académicas. Trabajé al lado de Federico Álvarez en la redacción de una revista literaria de periodicidad mensual diseñada por Vicente Rojo. Compartí con varios de mis mejores alumnos la devoción por el magisterio y por la poesía que le profesaban a César Rodríguez Chicharro. Y aunque todos estos maestros llegaron niños o muy jóvenes a México y aquí iniciaron o prosiguieron su formación académica, traían en el alma la experiencia cismática de la Guerra Civil y una voluntad, heredada de sus mayores, de corresponder a la hospitalidad mexicana con entrega ejemplar. Algunos de los profesores más notables del exilio no me dieron clase pero los veía caminar por los pasillos de la facultad, modestos y desembarazados, como si no pesara el enorme prestigio que llevaban a cuestas: Eduardo Nicol, Wenceslao Roces, José Ignacio Mantecón, Juan Rejano, Carlos Bosch García, Antonio Ortega y Medina, Carlos Sáenz de la Calzada. Muchas veces escuché pronunciar los nombres de otros tantos maestros exiliados a

quienes no alcancé a conocer, como Joaquín Xirau, Pedro Bosch Gimpera, José María Gallegos Rocafull, que habitaron la vieja casa de los Mascarones en la Ribera de San Cosme ?antes de que la facultad se trasladara a sus modernas instalaciones de Ciudad Universitaria?, y que forman parte de nuestro más rico patrimonio intelectual.

Luis Rius fue mi profesor de literatura castellana medieval. Años después trabé con él una amistad en el espeso ámbito del tablao flamenco, al que el maestro acudía con devoción de poeta y entendimiento de conocedor y yo sólo como aficionado, víctima de una bellísima bailaora, que me echó a perder la vida. Pero el recuerdo más vívido que tengo de él es el de su magisterio y, el más íntimo, el de su poesía. –feliz y amarga a un tiempo?. Como maestro, Rius nos enseñó a disfrutar, gajo a gajo, la lírica tradicional castellana, que leía con gracia insuperable. Todos quedábamos embelesados ante la lectura de un poema de Sem Tob o de Gil Vicente, de unas canciones de amigo o de un romance fronterizo, particularmente sus alumnas, que no podían contener el suspiro ni evitar la interjección y que, al final de la clase, rodeaban al profesor en su escritorio y lo encarcelaban con sus preguntas pretextuales y sus devaneos febriles. Como poeta, él, que había definido el exilio como “una sierpe herida / que se arrastra en la noche congelada / de un invierno sin tierra”, dio cuenta de todos los desarraigos de su corazón:

Ay, mi corazón, tan triste,
tan dulce tu desvarío.
Corazón desarraigado,
sol a la tarde nacido
para correr horizontes
largos de ausencia y olvido.

No puedo imaginarme la Facultad de Filosofía y Letras sin la pronunciación delicada de Luis Rius, que sigue resonando en el alma de quienes tuvimos la fortuna de escucharlo; sin las disquisiciones metafísicas de Eduardo Nicol; sin las traducciones de Wenceslao Roces, que vertió a nuestra lengua las obras capitales de Dilthey, Hegel, Marx, Engels; sin la *Introducción a la Filosofía* de Ramón Xirau; sin la pedagogía de la devastación de César Rodríguez Chicharro, autor de uno de los versos más desolados de la poesía del exilio: “Donde fijo los ojos la voz se vuelve espanto”; sin la discreción de Arturo Souto; sin la persistencia de Adolfo Sánchez Vázquez... Estos maestros nos formaron: nos enseñaron a estudiar, a pensar, a ser nosotros mismos. Nos dieron rigor, pasión por el estudio, amor a la palabra, apertura de pensamiento, capacidad crítica, tolerancia. Si alguien me preguntara quién fue mi maestro, respondería sin titubeos que el exilio español republicano.

CUATRO

Al tiempo que realizaba mis estudios de licenciatura, me incorporé, como ayudante de investigador, al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. De nueva cuenta el exilio español se presentaba en mi vida como un ascendiente inexorable. Fundado por Alfonso Reyes como la Casa de España en México para dar cobijo académico a los españoles transterrados, como los llamó José Gaos, El Colegio

mantenía ese equilibrio entre la apertura y el rigor, la libertad y la excelencia que lo había definido desde los tiempos de su fundación. No creo que haya un mejor ejemplo de tal espíritu que la figura emblemática del propio José Gaos. Acogido por El Colegio de México cuando renunció a la Universidad Nacional tras la ignominiosa caída del rector Ignacio Chávez, dictó ahí sus lecciones de filosofía. No voy a referir la labor del doctor Gaos en El Colegio, que tan minuciosamente ha encomiado su discípulo Andrés Lira; sólo recordaré los últimos minutos de su existencia: al término del examen de doctorado, cuyo jurado presidía, del historiador José María Muriá, José Gaos murió. Murió en el mismo salón de actos. Murió en el ejercicio de la inteligencia. Murió en el cumplimiento de sus deberes académicos. Es difícil sustraerse a la emoción que suscita la ejemplaridad de su muerte, digna de una litografía.

En El Colegio de México conocí a Tomás Segovia, que había salido de España al término de la guerra, cuando apenas cumplía los doce años de edad. Con su indumentaria informal ¿pantalones de pana, zapatos de gamuza, morral colgado al hombro, en vez de traje, corbata y portafolios?, llegaba todas las mañanas a su cubículo del tercer piso en aquel edificio de la calle de Guanajuato número 125 en la colonia Roma que el temblor del 85 acabó por derrumbar. Poeta de los mayores, ensayista, traductor, Tomás no era un académico ortodoxo. Exento de títulos y grados, su sola presencia recordaba el espíritu originario de la que fue Casa de España en México: el asilo a la discrepancia. Yo estaba adscrito entonces a un proyecto de castellanización de niños indígenas pero lo único que me interesaba en la vida era la literatura. Preparaba entonces mi tesis sobre los postulados teóricos de Alejo Carpentier acerca de “lo real-maravilloso americano” en contraposición a las prácticas del movimiento surrealista, y encontré en Tomás Segovia la más generosa asesoría. Con su voz modulada, de timbre metálico y asordinado, y su perfecta pronunciación francesa, me dio a leer aquellos libros que nadie dudaría en reconocer como clásicos: *Amor y Occidente* de Denis de Rougemont, cuya traducción al español, por cierto, hizo muy tempranamente Ramón Xirau bajo la supervisión de su padre, Joaquín Xirau; *El alma romántica y el sueño* de Albert Beguin y todos los libros de análisis poético de Gaston Bachelard: *El aire y los sueños*, *El agua y los sueños*, *La tierra o la voluntad de reposo*, *Psicoanálisis del fuego*, *Poética del espacio*, *La llama de una vela*, *Laurtreamont*, *La poética de la ensoñación...* –la mayor parte de ellos traducidos al español para el Fondo de Cultura Económica por la poeta exiliada Ernestina de Champourcin?, que fueron escritos antes de que las metodologías literarias presuntamente científicas se pusieran en boga y trataran, como preconizaba el propio Bachelard, de “explicar la flor por el fertilizante”. Lo que más me gustaba de Tomás era su pasión por la literatura, particularmente por la poesía; su menosprecio a las exacerbaciones académicas; la exaltación de la lectura personal y su absoluta libertad para hablar de lo que se le pegara la gana y como se le pegara la gana, tanto que un curso informal que impartía en la cafetería de El Colegio y al que acudían sus discípulos, que eran más poetas que estudiosos de la literatura, había sido bautizado por él mismo con la frase *De mi ronco pecho*.

A pesar de mi vocación literaria, en El Colegio formaba parte, como ayudante de investigador, de un grupo de lingüistas, pedagogos y antropólogos que trabajaba en la elaboración de un método para la enseñanza del español a hablantes de lenguas indígenas del Estado de Oaxaca. Mi trabajo consistía en redactar unos diálogos que debían sujetarse, según la metodología contrastiva de la lingüística aplicada a la enseñanza de

segundas lenguas, a las estructuras gramaticales y el léxico que los lingüistas del equipo habían asignado a cada lección. No era precisamente un trabajo de dramaturgia pero no dejaba de ser un reto literario escribir parlamentos verosímiles en los que sólo se podían utilizar determinadas palabras y formas sintácticas del español. No relataría aquí esta experiencia si no fuera porque, una vez concluida la obra, me adjudicaron la responsabilidad de su edición, lo que me puso nuevamente en contacto con el exilio español. Tal tarea habría de llevarse a cabo en los talleres de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, que entonces se encontraban en la avenida Doctor Río de la Loza y dejaban ver, por el ventanal que daba a la calle, una gigantesca rotativa que parecía un animal prehistórico. Pues bien: en esa venerable institución que cada año tira millones de ejemplares y los distribuye a lo largo y a lo ancho de toda la república, conocí a Genaro de la Colina.

Como tantos otros exiliados que se incorporaron a las grandes empresas editoriales del país o que fundaron las suyas propias para enorme beneficio de la cultura mexicana, Genaro de la Colina era un hombre celoso de su oficio. Lo acompañé durante largas jornadas al lado de su alta mesa de trabajo, frente a la cual, siempre de pie, formaba las páginas del libro sobre un machote en el que pegaba con engrudo los pedazos de las galeras que iba recortando con sus grandes y precisas tijeras. Era una suerte de caballero andante de la corrección de estilo que despotricaba contra los barbarismos que pretendían pasar como inmigrantes del original a una galera y de ahí saltar ilegalmente a una impresión definitiva. Don Genaro tenía la admirable capacidad de detectar a primera vista y desde lejos los errores de una prueba, digamos el bajo porcentaje del amarillo o del azul en la selección de color de una lámina impresa a cuatro tintas. Sobre él, creo que sólo tenía ascendencia quien por esos años presidía la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos con un rigor muy parecido al de la admirable prosa de sus libros, Martín Luis Guzmán. A Genaro de la Colina le debo mi gusto por las tareas editoriales, desde los signos de corrección tipográfica hasta el olor a tinta de los pliegos recién impresos, que se huele con el alma.

Con el tiempo he advertido que son pocas las casas editoriales respetables en México en las que no haya tenido una participación determinante el exilio español republicano. Desde las más modestas hasta las más trascendentales. Recuerdo al señor Oliver, que estaba al frente de una compañía editora de libros de contabilidad y de administración, en la que yo trabajé durante un par de periodos vacacionales cuando cursaba la secundaria: dirigía el taller como si fuera una orquesta filarmónica, y desde su oficina, que era una suerte de podio de cristal, sabía, sin levantar los ojos, “de oído”, cuál máquina había sufrido algún percance o cuál otra había suspendido su trabajo, igual que si hubieran fallado los metales o no hubieran entrado las percusiones en un concierto sinfónico. O al Señor José Virgili, de la Editorial Oasis, que medía el espacio sideral en cuadratines y para quien una errata era una cuestión de honor que podía llevarlo a tirar de nueva cuenta el libro que se le había encomendado. Y qué decir de las editoriales del exilio, como Séneca o EDIAPSA, creadas por José Bergamín y Rafael Giménez Siles respectivamente; Grijalbo, Costa-Amic y Finesterre, que recibieron el nombre de sus fundadores; ERA, que escribo con mayúsculas compactas para recordar a sus tres socios primigenios, Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín, o Joaquín Mortiz, establecida por Joaquín Díez-Canedo cuando se separó del Fondo de Cultura Económica donde trabajó por espacio de 20 años. Y cómo no encomiar la presencia determinante de los

exiliados españoles en una institución como el Fondo. Gracias a ellos, esta casa, dedicada en un principio, como su nombre lo indica, a la edición de obras de economía, abrió enormemente el espectro de su catálogo y los libros publicados con su sello trascendieron a todo el orbe de la lengua española, incluida la España franquista: el retorno de las carabelas.

CINCO

De lunes a sábado, pasaba por don Isidoro Enríquez Calleja antes de las seis de la mañana. Todavía no se habían establecido en México husos horarios diferentes según las épocas del año, y por largas temporadas a esas horas aún no amanecía. Iluminado por la luz del sol o por los faroles de la calle, invariablemente me lo encontraba afuera de su casa, en cualquier punto de su caminata por la cuadra, que recorría jugueteando con su paraguas y silbando mientras esperaba el Opel rojo modelo 64 en que yo lo recogía. Vivíamos en la misma colonia: la Romero de Terreros, en Coyoacán. Él en la calle Cerro del Vigilante; yo, quién lo diría, en la esquina de Alfa y Omega —el *onfalos* del universo. Dábamos clase en el mismo plantel, una escuela vocacional del Instituto Politécnico Nacional llamada “Luis Enrique Erro”. Teníamos el mismo horario: de siete a ocho la primera clase y de nueve a diez la segunda, es decir que ambos descansábamos al mismo tiempo, de ocho a nueve de la mañana. Y, como si no fueran suficientes coincidencias, impartíamos nuestra clase en el mismo salón y ante los mismos alumnos. Sí; se trataba de la misma clase. Esa escuela contaba, por razones o sinrazones burocráticas, con un número de plazas académicas superior al que la matrícula del alumnado requería. La maestra Bueno, directora del plantel, no quiso desaprovechar tan excepcional canonjía e incorporó a la plantilla a jóvenes profesores para que impartieran su clase junto a los viejos docentes. Al lado suyo, éstos recuperarían la jovialidad perdida en la tarima a lo largo de los años, y aquéllos aprenderían de sus mayores la experimentada práctica de la docencia. Yo fui uno de esos jóvenes y tuve el privilegio de que el maestro a quien acompañé y del que aprendí cuanto pude de lo mucho que me enseñó, fue Isidoro Enríquez Calleja: pedagogo, literato, maestro de corazón, llegado a México en el *Sinaia*, el barco que en el año de 1939 trajo a las costas de Veracruz al primer grupo multitudinario de refugiados españoles. Yo sabía de él porque era el autor del *Tercer curso de lengua y literatura*, que fue mi libro de texto en la secundaria. No era poca cosa tener al lado mío ?vivo, tangible, amigo? al autor del libro donde me topé por primera vez con El Cid Campeador y Gonzalo de Berceo, Alfonso X El Sabio y el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y los místicos carmelitas San Juan y Santa Teresa, y gracias al cual se afianzó mi vocación literaria.

Don Isidoro me dejaba impartir a mí la clase. Él oía sonriente. E interesado, al menos en apariencia. Sólo de vez en cuando hacía algún comentario que iluminaba el salón entero y de tarde en tarde asumía la responsabilidad total de la sesión. Con la elegancia y la fluidez de su discurso, sus referencias clásicas, los versos que le asaltaban la memoria, su simpatía y sus ademanes no exentos de pedagógica teatralidad, nos dejaba con la boca abierta a todos los que lo escuchábamos. Era un gran maestro en el aula. Y fuera de ella también. Acaso donde más aprendí de su sabiduría fue en el desayuno. Todos los días, de ocho a nueve, acudíamos a una fonda cercana a la escuela, en la que,

además de enseñarme la muy española costumbre de sopear el pan de dulce en el chocolate caliente y espumoso, me hablaba de la Guerra Civil y de su literatura. Con la familiaridad que da la cercanía vivida y a veces la causa compartida, don Isidoro le llamaba, para mi asombro, *Federico* a García Lorca y *Ramón* a Gómez de la Serna. Simplemente.

De él heredé el gusto, convertido en vicio con los años, de leer todos los suplementos culturales de los periódicos. Una mañana de domingo que lo visité en su casa, lo encontré sentado en el luminoso vestíbulo de su biblioteca, hojeando un suplemento cultural. A su lado reposaban todos los diarios que sus ojos ávidos habrían de expurgar para extraer de ellos las secciones dominicales que hablaban de literatura.

Sentí su muerte, ocurrida el 21 de noviembre de 1971, como si hubiera sido la de mi padre, quien había muerto cuando yo era niño. En el sepelio conocí a su hijo José Ramón, con quien me ha unido una amistad fraterna. Años después, cuando se cumplieron 50 años de la llegada del *Sinaia* al puerto de Veracruz, la Universidad Nacional Autónoma de México quiso rendir homenaje al exilio español. Yo era coordinador de Difusión Cultural de nuestra casa de estudios y participé en el comité organizador de la celebración. José Ramón me ofreció entonces el periódico que se editaba diariamente a bordo de esa embarcación y cuyos números completos poseía: los había encontrado en un viejo maletín de su padre, quien, desde aquellos lejanos tiempos, ya tenía la afición por las publicaciones periódicas. Hicimos una edición facsimilar del diario de abordo.

SEIS

La lectura de *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* es interesante, dramática, conmovedora. A lo largo de sus 18 números, publicados en mimeógrafo entre el 26 de mayo y el 12 de junio de 1939, mantiene informados a los expedicionarios de los acontecimientos del mundo, de México y del propio barco. Se dan a conocer las noticias internacionales del momento, entre las que destaca el proceso de negociación que desembocaría en la alianza de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética contra el fascismo. Se proporcionan informaciones diversas sobre la historia, la cultura, la geografía y el arte mexicanos. Se exponen, número a número, las ideas de Lázaro Cárdenas, extraídas de sus propios discursos políticos, a propósito del trabajo, la reforma agraria, la economía, la educación, las razas indígenas, las mujeres en México y se exalta su figura abierta y generosa en un artículo firmado con las siglas A. S. V., que deben de corresponder al joven Adolfo Sánchez Vázquez. Se publican artículos sobre la Revolución Mexicana y el problema del petróleo, apenas expropiado entonces. Se invita a las actividades académicas, artísticas y de entretenimiento que se organizan a bordo, como conferencias sobre la geografía, la historia, la economía, el arte, la literatura de México; conciertos, recitales de poesía, fiestas, verbenas, exposiciones de dibujos; concursos de poesía, de caricatura y hasta de chotís. Se informa de la localización del barco en la travesía y del estado del tiempo. Se convoca a reuniones de carácter gremial o profesional (médicos, agricultores, ingenieros, arquitectos, maestros, periodistas, escritores, artistas, obreros y técnicos de la construcción, militares profesionales, funcionarios públicos, de banca y de empresa privada). Se publican pequeñas semblanzas de exiliados anónimos –mineros, labradores, zapateros? que participaron heroicamente

en la lucha. Se dan las noticias de lo que sucede en el trayecto, como el nacimiento de una niña a quien se le pone por segundo nombre *Sinaia* o el reencuentro amoroso de una pareja, que, después de tres meses de separación, tiene que aplazar su más íntima anagnórisis hasta llegar a México porque él y ella viajan en camarotes diferentes. Se hacen recomendaciones prácticas, como ahorrar agua o mantener limpios los cuartos de aseo, y se reprueban ciertas actitudes irresponsables de algunos pasajeros, como llevarse los enseres de los comedores a los camarotes, armar tertulias y discusiones en las colas que interrumpen la circulación, ocupar un sitio en la pista sin bailar o llevar niños pequeños a los conciertos.

Los 1800 refugiados del *Sinaia* no fueron, en rigor, los primeros españoles republicanos que llegaron a México, pues antes que ellos habían desembarcado en Veracruz 327 intelectuales ?entre los que figuraban los poetas Juan José Domenchina y su esposa, Ernestina de Champourcin?, que habían viajado a bordo del *Flandre*. Fueron, sin embargo, los más representativos de la acusada heterogeneidad republicana. En el *Sinaia* viajaban labriegos, artesanos, mineros, militares de todas las jerarquías, ingenieros, músicos como el maestro Rafael Oropesa ?director de la Banda Madrid, fundada en el 36 en el Quinto Regimiento, que amenizaba las noches de la travesía?, escritores como Antonio Sosaya, Benjamín Jarnés, Pedro Garfias, Juan Rejano, filósofos como Adolfo Sánchez Vázquez, pintores como Ramón Gaya, profesores de primera enseñanza como mi querido maestro Isidoro Enríquez Calleja.

De la lectura del *Diario* se infiere la vida que lleva a bordo esta suerte de república trashumante. Desde luego, se trata de una vida pasajera, como pasajeros son quienes la viven durante la veintena de días que lleva la travesía, pero en ella se reproduce virtualmente, a la manera del cuento “Autopista del sur” de Julio Cortázar, la vida “sedentaria”: en el *Sinaia* cobra realidad y triunfa, aunque sea provisionalmente, la República. A los pasajeros los unen ciertamente el dolor de la derrota, el ánimo antifascista, la voluntad del regreso victorioso, pero también los separan sus diferencias políticas, sus luchas partidistas internas y por supuesto las clases sociales que se establecen o se restablecen a bordo. En el barco hay camarotes y comedores de primera, de segunda y de tercera, y si a sus “plazas” y “calles” se les nombra con la nomenclatura urbana de Madrid ?*La Gran Vía*, la *Calle de Alcalá*?, a la zona de primera clase se le conoce con el elitista nombre de *Barrio de Salamanca*. Hay de todo en el barco: quienes pasean en pijama de babor a estribor y quienes construyen “chabolas” para protegerse del sol en la cubierta; quienes dedican su tiempo a la educación de los niños o arreglan la ropa de los refugiados y quienes se la pasan escupiendo en la cubierta o echando cáscaras de fruta o cascotes de botellas de cerveza por la borda; quienes pergeñan poemas sumergidos en sus camarotes o preparan la conferencia que habrán de dictar al día siguiente y quienes se hacen acreedores a la exhortación publicada en el periódico, que dice: “No discutir; razonar: No vociferar, aconsejar”.

Como suele suceder, lo más significativo del *Diario* son sus páginas editoriales, en las que se fortalece el espíritu de la causa: “¡Que los españoles que van a México no olviden nunca que en España quedan centenas de millares de hermanos en las cárceles, millones de españoles oprimidos y una patria entera que reconquistar!”; se manifiesta la gratitud a México y a su Primer Mandatario: “En México nos aguardan un régimen progresivo, unas instituciones populares que garantizan a los republicanos españoles, desde el mismo momento de su llegada, un trato de ciudadanos libres. ¡Seamos dignos de

esta ayuda generosa de México, apoyando la política democrática del Presidente Cárdenas!"; se establecen diferencias enfáticas entre los republicanos y los *gachupines*: "Nuestra guerra consiguió borrar en el ánimo del pueblo mexicano el odio engendrado por los explotadores de la conquista y que abarcaba, como regla general, a los españoles residentes después en aquellas tierras, en buena parte de los casos, aventureros desaprensivos, sedientos de plata ensangrentada", y, finalmente, se exhorta a la unidad por encima de las diferencias: "No podemos de ninguna manera llevar a México nuestras antiguas luchas políticas o sindicales. Lo que haya quedado sin aclarar lo esclareceremos en España en el momento oportuno. En la república hermana, no. Allí todos somos de una sola condición: antifascistas."

En el *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* nace la literatura del exilio, que habrá de prolongarse por muchas décadas entonces imprevistas y habrá de trascender las generaciones. En el último número, la víspera del desembarco en el puerto de Veracruz, el poeta Pedro Garfías publica su poema "Entre España y México", en el que se truecan los papeles históricos del conquistador y el conquistado, y cuyos últimos versos, dedicados a México, dicen:

como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

SIETE

Al cumplirse los cincuenta años del desembarco en tierras mexicanas del *Sinaia*, la Universidad Nacional Autónoma de México, por iniciativa de José Sarukhán, organizó un magno homenaje al exilio español que tantos talentos sumó a la institución. No se trató de que los exiliados de la primera o la segunda generación se reunieran entre sí, como lo habían hecho en ocasiones anteriores, para relatar sus propias historias y agradecer a la Universidad la cálida acogida que les había prodigado. No; ellos deberían ser el objeto y no el sujeto del homenaje. Quienes integramos la comisión organizadora de la conmemoración nos dimos a la tarea de hacer un registro de los más conspicuos profesores, investigadores, artistas, difusores de la cultura provenientes del exilio que habían desarrollado su actividad académica en la Universidad. De ahí, rastreamos a sus discípulos sobresalientes para que fueran ellos quienes les tributaran, a nombre de la institución, su reconocimiento. Para nuestro asombro, no hubo área de la Universidad en que no hubiera habido un exiliado prominente que ejerciera su magisterio con la trascendencia que implica ser reconocido por sus alumnos como el maestro decisivo en su propia formación: la filosofía, la historia, la pedagogía, la literatura, la geografía, la lingüística, la bibliotecología, la antropología, el derecho, las ciencias sociales, la economía, la medicina, la biología, la química, las neurociencias, la física, las matemáticas, la ingeniería, la arquitectura, la música, la pintura, la radiodifusión, el diseño gráfico, la cinematografía... rindieron homenaje a sus maestros refugiados. Creo que hasta entonces la Universidad no se había percatado de la impronta que en su

conjunto habían dejado los académicos del exilio español republicano. Sin ellos, la Universidad no sería lo que es.

La Filmoteca de la UNAM, que custodia el mayor acervo cinematográfico de América Latina, transfiere cotidianamente en sus laboratorios, por razones de preservación, los negativos de nitrato de plata a materiales de alta seguridad, los cuales, al ser revelados, permiten la recuperación del metal argentino original. En ocasión del homenaje al exilio español, con la plata extraída de varias películas de la época de oro del cine nacional, entre las que hay que contar los filmes mexicanos de Luis Buñuel, Carlos Velo y Jomí García Ascot, se acuñó una medalla conmemorativa, cuya inscripción dice: *NOSTRIS MAGISTRIS HISPANIS EX EXSILIO PROVENIENTIBVS*. A qué explicar su carga simbólica si la medalla brilla por sí misma con la felicidad y el resplandor propios de la imagen poética.

A finales del año 2000, la Universidad me concedió una comisión temporal para hacerme cargo del Fondo de Cultura Económica. De esta importante editorial, fundada en 1934 por Daniel Cosío Villegas, nació poco tiempo después La Casa de España en México, que en 1940 habría de cambiar su nombre por el de El Colegio de México. Presidida por Alfonso Reyes, esta institución acogió a los ilustres académicos provenientes del exilio español republicano, que le dieron fundamento y consistencia. El Fondo de Cultura Económica, por su parte, también se benefició de esta presencia. Había sido creado con el inicial propósito de ofrecer a los estudiantes universitarios de la Escuela Nacional de Economía, surgida de la Facultad de Derecho de la UNAM en 1933, los textos más relevantes de la disciplina, a la sazón inexistentes en nuestra lengua. Con la llegada de los intelectuales españoles a partir de 1939, entre los que destacan los nombres de Enrique Díez-Canedo, Wenceslao Roces, Joaquín Xirau, Agustín Millares Carlo, el Fondo fue abriendo su catálogo a otras áreas del conocimiento y con el tiempo se convirtió en la editorial más importante de lengua española en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales. En alta medida gracias a la colaboración de estos notables exiliados, se tradujeron y vieron la luz obras de antropología, ciencia política, sociología, historia, filosofía, lingüística, literatura, sicología y se impulsaron las grandes colecciones que todavía siguen vivas en nuestros días, como Biblioteca Americana, Breviarios, Tierra Firme. Para cada área y colección se contó con la participación de los más destacados eruditos nacidos o a vecindados en México: Silvio Zavala, Eduardo García Máynez, Alfonso Caso, Erich Fromm, Raimundo Lida, Pedro Henríquez Ureña. A esta lista hay que añadir los ilustres nombres de los transterrados españoles José Gaos y Francisco Giner de los Ríos Morales.

Amén de la publicación de muchísimas obras escritas por los refugiados, que sería prolijo enumerar, al Fondo –y a la Editorial Salvat? se debe la edición del libro *El exilio español en México. 1939-1982*, que da cuenta de las incontables aportaciones que este transtierro hizo al desarrollo de la ciencia, el arte, el derecho, la educación, las comunicaciones en nuestro país.

No deja de ser interesante que el logotipo del Fondo de Cultura Económica, que no ha perdido su modernidad a lo largo de las décadas, haya sido diseñado por el exiliado español José Moreno Villa, pintor, poeta, crítico e historiador del arte, quien, por cierto, supo describir de manera luminosa y admirable fenómenos primordiales de la cultura mexicana.

En ese logotipo, las generaciones de estudiantes de América Latina de la segunda

mitad del siglo XX reconocen con gratitud la casa editorial en la que se formaron. Yo agregaría que una de las pocas ventanas que España tuvo abierta durante los largos años del franquismo fue precisamente la del Fondo de Cultura Económica, que permitió que los cada vez más delgados hilos que la unían con el exilio no acabaran de romperse.

CODA

Desde mi nacimiento hasta ahora, el exilio español republicano ha estado presente en mi vida y en buena medida la ha modelado, definido e impulsado. Pero mi gratitud no se agota en el reconocimiento a su constante e inexorable presencia en mi vida familiar, académica o laboral, sino que trasciende al ámbito de la formación más íntima –la que tiene que ver con los afectos y con los valores. No puedo bendecir de la maldita Guerra Civil sino la amistad entrañable de Vicente Rojo y nuestra añorada Albita, las temerarias aventuras de Santiago Genovés, la generosidad quijotesca de Eulalio Ferrer, el poema *Lázaro* de Luis Cernuda, las levitaciones de Remedios Varo, los barroquismos de Gerardo Deniz, los dibujos eróticos de Elvira Gascón, la abnegación cinematográfica de Prudencia Grifell, la Bernarda Alba de Ofelia Guilmain y el Drácula de Germán Robles, las traducciones impecables de Agustí Bartra, la perfección literaria de Max Aub y la belleza de su hija Elena, la voz de Augusto Benedico, la prosa de Angelina Muñiz, la entereza y la solidaridad implacables de Adelaida Catsamijana de Sarukhán, la libérrima fidelidad de Mercedes Oteyza, la bonhomía de Fernando Serrano Migallón, el sonrojo de Hada Williams, la fuerza y la delicadeza de María Luisa Capella, la mirada dulce y confiable de Cecilia Elío de Noriega, la finura de Ana Mari Gomís, el tesón de Josu Landa, la belleza digna y perenne de Águeda Mata Torres, la inteligencia y las lágrimas desgobernadas de Rosa Seco, a quien dedico estas páginas.

¿Cómo habrá vivido la España franquista sin ellos? No me lo puedo imaginar siquiera. Tal vez no pudo vivir.

Gonzalo Celorio